

de que uno se priva; una gana de mirar que se mortifica; una curiosidad que se vence; una postura incómoda que se mantiene; todo esto ofrece mil ocasiones de mortificarnos, y puede servir de materia á innumerables sacrificios, pequeños al parecer, pero de gran mérito en la realidad. Quien ama á Dios, en todo tiempo y en todo lugar encuentra cien ocasiones de darle pruebas de su amor. Las mortificaciones pequeñas no siempre son las menos meritorias, y se puede en cierta manera decir que se encierra en ellas el arte de hacerse santo.

DIA VEINTE.

SAN SEBASTIAN Y SAN FABIAN,

MÁRTIRES.

San Sebastian, á quien se dió el renombre de defensor de la Iglesia por las maravillas que obró en defensa de la fe, nació de padres originarios de Milan, aunque establecidos en Narbona, ciudad del Lengüedoc. Criaronle con gran cuidado en la Religion cristiana y en la piedad. Su dulzura, su prudencia, su apacible genio, su generosidad y otras cien bellas prendas que adornaban, como dice san Ambrosio, le dieron á conocer en la corte de los emperadores. En mucho lugar en ella, y en poco tiempo fué uno de los favorecidos del emperador Diocleciano, que le nombró por capitán de la primera compañía de sus guardias. Aunque Sebastian se abrasaba en un encendido deseo de su martirio, le pareció que debía de moderar el ardor conservándole como escondido debajo del eria,

PROPOSITOS.

1. Resuélvete á comenzar este mismo dia una vida verdaderamente cristiana, esto es, mortificada, reputando la mortificacion como virtud propia de los escogidos de Dios, y abrazarla como virtud propia tuya, de todos los dias y de toda la vida; pero no te contentes con una idea general. Determina en especie y en particular las cosas en que has de mortificarte, y no salgas de la oracion presente sin haber hecho al Señor algun sacrificio, como de no concurrir á tal conversacion, de abstenerte de tal y de tal diversion, de no jugar hasta despues de pascua; y en fin, de que no se te pase dia alguno sin ejercitarte en algunos actos de mortificacion. Sobre todo, te has de determinar á aprovecharte en adelante de todas aquellas mortificaciones involuntarias, y no prevenidas, con que el Señor tiene gran cuidado de salpicar todos los gustos de esta vida; las que siempre se deben aceptar con alegría y con reconocimiento, ó á lo menos con una perfecta resignacion en su divina voluntad.

2. Hay algunas mortificaciones que son de precepto, las cuales consisten en privarse de todo lo que es pecado, ó puede ser ocasion de pecar, por mas gusto y complacencia que se tenga en ello; espectáculos profanos, objetos provocativos, lugares sospechosos,leccion de libros emponzoñados, etc. Hay otras mortificaciones que son de consejo, pero sin las cuales se pueden guardar las de precepto. Estas son indispensables, aquellas son necesarias: pocos hay que se condenen por falta de mortificacion. Otras mortificaciones hay desconocidas á la verdad á las perfectas y tibias; pero de las cuales hacen gran provecho al las que son verdaderamente espirituales. Hay un agudo que viene á propósito y se calla, un

de soldado, porque al mismo tiempo que su empleo le hacia tan distinguido en la corte, le ofrecia tambien muchas ocasiones de hacer grandes servicios á la Iglesia, socorriendo y alentando á los cristianos que eran perseguidos. En esto empleaba su autoridad y sus bienes, sin perdonar á trabajo ni á fatigas.

Animaba con sus exhortaciones y socorria con sus limosnas á los gloriosos confesores de Cristo, de los cuales estaban llenas las cárceles y los calabozos. Mantuvo á muchos que titubeaban en los tormentos, y fortaleció á no pocos que desmayaban á vista de los suplicios. Era el apóstol de los confesores y de los mártires; y si parecia que en cierta manera desperdiciaba las vidas de los innumerables que envió al cielo delante de sí, seguramente no fué por perdonar á la suya. Tan léjos estaba de pretender reservarla, que cada dia la exponia. La muerte de cada mártir de los que Sebastian alentaba, acompañándolos hasta el caldoso, era un nuevo sacrificio que hacia de su propia vida. Cada instante la renunciaba porque los demás no renunciassen la fe de Jesucristo.

Fueron presos por la fe dos hermanos y caballeros romanos llamados Marco y Marceliano. Despues de haber vencido gloriosamente la tortura iban á ser degollados, cuando su padre Tranquilino y su madre Marcia, ambos gentiles, acompañados de las mujeres y de los hijos de los confesores de Cristo, se echaron á los piés del juez Cromacio, y con sus ruegos y lágrimas obtuvieron de él que se difriese la ejecucion de la sentencia por espacio de treinta dias.

En este intermedio no perdonaron á súplicas, á caricias, á halagos, á gemidos, en fin, á todos los medios que puede inspirar el amor y la ternura para mover á un corazon blando y generoso; haciendo tanta impresion en los de Marco y Marceliano, que casi vencidos con la fuerza de tan continua y tan terrible batería,

comenzaban á mostrarse sensibles á las lágrimas. Advirtiolo san Sebastian, que los visitaba con frecuencia, y llegó tan á tiempo su socorro, bendiciendo Dios el gran talento de persuadir de que le había dotado, que no solo sostuvo aquellos ánimos que ya comenzaban á flaquear, sino que en aquellos pocos dias convirtió á la fe de Jesucristo á Nicóstrato, oficial de Cromacio, á Claudio, alcaide de la cárcel, á sesenta y cuatro presos, y lo que es mas admirable, al padre, á la madre, á los hijos y á las mujeres de Marcelliano y de Marco.

Ala verdad, tan asombrosas conversiones no se podian hacer sin muchos y grandes milagros. En el mismo tiempo que san Sebastian estaba animando á los dos santos confesores en casa de Nicóstrato, donde los habian como depositado con fianzas, se dejó ver en la sala una brillante luz que llenó á los circunstantes de admiracion y de alegría. En medio de ella se apareció el Señor, acompañado de siete ángeles; y acercándose á Sebastian, le dió ósculo de paz, prometiéndole que siempre estaria con él. Así refiere san Ambrosio esta maravilla.

Zoe, mujer de Nicóstrato, que estaba muda mucho tiempo habia, recobró el uso de la palabra haciendo san Sebastian la señal de la cruz sobre su boca. Todos aquellos neófitos, que padecian alguna enfermedad ó indisposicion corporal, recibieron la salud del cuerpo al mismo tiempo que por el bautismo cobraban la del alma.

Pero el mayor de todos los prodigios fué la conversion de Cromacio, vicario del prefecto. Mandó llamar á Tranquilino para saber si sus hijos se habian dejado persuadir de sus lágrimas; pero quedó admirado cuando supo que el mismo Tranquilino se habia hecho cristiano. Mis hijos, respondió Tranquilino, son dichosos, y yo tambien lo soy desde que Dios me abrió

los ojos del alma para conocer la verdad y la santidad de la religion cristiana, fuera de la cual no hay salvacion. ¿Con que tú tambien al cabo de tus años, le interrumpió Cromacio, te has vuelto loco? No, señor, le respondió el santo anciano: antes bien nunca tuve entendimiento ni juicio hasta que logré la dicha de ser cristiano; porque no hay mayor locura que preferir, como yo lo habia hecho hasta aqui, y como tú lo estás haciendo el dia de hoy, el error á la verdad, y la muerte eterna á una vida de pocas horas. ¿Y te empeñarás, le preguntó Cromacio, á probarme concluyentemente la verdad de la religion cristiana? Sin duda que me empeñaré, respondió el nuevo apóstol, con tal que quieras prestar oidos dóciles y humildes á lo que Sebastian y yo te dijéremos. No duró mucho la conversacion, porque á pocas palabras quedó Cromacio convencido y convertido. Siguióse á la conversion de Cromacio la de toda su familia, y cuatrocientos esclavos recibieron el bautismo y fueron puestos en libertad.

Pero enfureciéndose cada dia mas en Roma la persecucion, se tuvo por conveniente que Cromacio, despues de haber renunciado el empleo que tenia, se retirase á la campaña, donde era su casa el asilo de los fieles perseguidos. Todos los cristianos persuadian á san Sebastian que tambien se retirase á ella; pero este héroe de la fe les pidió con tales instancias que le permitiesen quedarse en Roma para animar y socorrer á los muchos fieles que estaban en las cárceles, y supo proponer al santo papa Cayo tales razones, que este le dijo: *Quédate en buena hora, hijo mio, en el campo de batalla; y en ese traje de oficial del emperador, sé glorioso defensor de la Iglesia de Jesucristo.*

Presto se conoció cuán necesaria era su presencia para el socorro y para el aliento de los santos mártires. La primera que recibió la corona del martirio fué

Zoe; siguióla poco despues Tranquilino, Nicóstrato, su hermano Castor, y Claudio el alcaide de la cárcel. Sinforiano su hijo, y su hermano Victorino, despues de haber sufrido muchos tormentos, fueron conducidos á Ostia y precipitados en el mar. Tiburcio, hijo de Cromacio, fué degollado; Castulo, oficial del emperador, y celosísimo cristiano, fué enterrado vivo; Marco y Marceliano, amarrados á un tronco, fueron cubiertos de saetas.

Despues que estas gloriosas víctimas, preciosos frutos del zelo de san Sebastian, fueron inmoladas á Dios vivo, parecia tiempo que el héroe de Jesucristo consumase en fin su sacrificio. Un infeliz apóstata de la Religion fué el que dió parte á Fabian, sucesor de Cromacio, que era Sebastian el que convertia á los gentiles, y el que mantenía en la fe á los cristianos. No se atrevió Fabian á mandar le arrestar por el elevado empleo que ocupaba en palacio hasta darle parte al emperador, informándole de la religion y del zelo ardiente del primer capitán de sus guardias.

Asombrado Diocleciano de lo que oía, mandó luego llamar á Sebastian, y con las expresiones mas sentidas le acriminó su ingratitude; sobre todo por haber intentado irritar la cólera de los dioses contra el emperador y contra el imperio, introduciendo hasta en su mismo palacio una Religion (como él la llamaba) tan perniciosas al Estado.

Respondió Sebastian con el mayor respeto, que á su modo de entender no podia hacer servicio mas importante al emperador y al imperio que adorar á un solo Dios verdadero; y que estaba tan distante de faltar á su deber por el culto que rendia á Jesucristo, que antes bien nada podia ser tan ventajoso al príncipe y al Estado, como tener vasallos fieles que menospreciando á los dioses falsos, hiciesen oracion incesan-

temente al soberano Arbitro y Criador del universo por la salud del emperador y del imperio.

Irritado el emperador con esta generosa respuesta, mandó al instante, sin esperar á otra forma ó figura de proceso, que Sebastian fuese amarrado á un tronco, y que fuese asaeteado por los mismos soldados de la guardia. Ejecutóse al punto sin remision esta cruel sentencia, y fué cubierto el glorioso confesor de Cristo de una espesa lluvia de saetas. La noche siguiente fué á buscar el santo cuerpo para darle sepultura una devota mujer, llamada Irene, viuda del santo mártir Castulo, y quedó gozosamente admirada y sorprendida hallándole todavía vivo. Hizole llevar secretamente á su casa, donde dentro de poco tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas. Instábanle los fieles para que se retirase; pero Sebastian, lejos de rendirse á sus solicitudes, fué á buscar á Diocleciano; y esperándole sobre una escalera, que llamaban el mirador de Eliogábalo: *¿Es posible, Señor, le dijo con valor y con respeto, que eternamente os habeis de dejar engañar de los artificios y de las calumnias que perpetuamente se estan inventando contra los pobres cristianos? Tan lejos están, gran príncipe, de ser enemigos del Estado, que no teneis otros vasallos mas fieles, y que á solas sus oraciones sois deudor de todas vuestras prosperidades.*

Atónito el emperador al ver y al oír hablar á un hombre que ya tenia por muerto: *¿Eres tú, le preguntó, aquel mismo Sebastian á quien yo mandé quitar la vida, condenándole á que fuese asaeteado? Si, señor, respondió el santo, el mismo Sebastian soy; y mi Señor Jesucristo me conservó la misma vida para que en presencia de todo este pueblo viniere ahora á dar un público testimonio de la impiedad y de la injusticia que cometeis persiguiendo con tanto furor á los cristianos.*

Enfurecido Diocleciano mandó que le llevasen al circo, y que allí fuese públicamente apaleado hasta

que espirase. Así se ejecutó; y con este cruel suplicio pasó su alma á recibir en el cielo la corona del martirio el día 20 de enero hácia el año de 288.

Queriendo los paganos impedir que se diese sepultura al cuerpo del santo mártir, le arrojaron en un lugar inundo, pero no les valió su precaucion; porque el santo cuerpo quedó pendiente de un garfio, y el mismo san Sebastian se apareció aquella noche á una señora de mucha virtud, llamada Lucina, y la mandó que sacase su cuerpo y le enterrase en el cementerio subterráneo, llamado las Catacumbas, á los piés de los apóstoles san Pedro y san Pablo.

El mismo día celebra la Iglesia la fiesta de san Fabian, papa y mártir. Era romano, y sucedió al papa san Antero el año de 236. Su eleccion fué maravillosa. Habíase juntado el clero y el pueblo para nombrar sucesor á san Antero; y cómo estuviesen muy divididos los votos, se vió bajar de lo alto una paloma que derechamente fué á descansar sobre la cabeza de Fabian. Al punto comenzaron á clamar todos los fieles que Fabian habia de ser su obispo: por mas que él se resistió diciendo era indigno de tan alta dignidad, fué colocado en la silla episcopal, y consagrado por sumo pontífice en aquellos difíciles y calamitosos tiempos de la cruel persecucion de Maximino.

Mostró bien este santo papa su teson y su vigilancia en conservar la pureza de la fe y la santidad de la religion cristiana, por el modo con que castigó á Privato, obispo de Lambisa, en África, convencido de herejía y de vida escandalosa. Los que son de opinion que el emperador Filipo y su hijo fueron cristianos, afirman que recibieron el bautismo de mano de san Fabian. Estableció siete subdiaconos, repartidos en los siete cuarteles ó barrios de Roma, para escribir las actas de los mártires. Créese que al zelo de este santo papa debe la iglesia de Francia aquella apostó-

lica mision de tantos santos obispos como vinieron á plantar la fe de Jesucristo en las provincias de este reino. En fin, habiendo sucedido á Filipo el emperador Décio, y dado principio á su gobierno por una cruel persecucion contra los cristianos, logró san Fabian la dicha de hallarse á la frente de los que combatian en defensa de la fe, que él mismo confirmaba con sus palabras y con sus ejemplos; recibiendo la corona del martirio el día 20 de enero del año 250, despues de haber gobernado la Iglesia trece años y ocho dias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Fabian, papa y mártir, que sufrió la muerte bajo el emperador Decio, y fué enterrado en el cementerio de Calisto.

Allí mismo, en las Catacumbas, san Sebastian, mártir, que, siendo capitán de la primera compañía de guardias del pretorio, por su cualidad de cristiano, fué atado á un árbol en medio del campo, asaeteado por sus propios soldados, y en fin apaleado hasta que rindió la vida.

En Nicea, en Bitinia, san Neófito, mártir, que, siendo de edad de quince años, fué azotado con varas, arrojado á un horno ardiendo y expuesto á las bestias; pero como no hubiese recibido lesion alguna, y perseverase con mayor constancia en confesar la fe de Jesucristo, fué por último degollado.

En Cesena, san Mauro, obispo, ilustre por sus virtudes y sus milagros.

En Palestina, san Eutimio, abad, célebre por su zelo en mantener la disciplina católica, y por la grandeza de sus milagros. Fué uno de los ornamentos de la Iglesia en tiempo del emperador Marciano.

La oracion de la misa es la que sigue.

Infirmi-
tatem nostram respi-
ce, omnipotens Deus : et quia
pondus propriæ actionis gra-
vat, beatorum Martyrum tuo-
rum Sebastiani et Fabiani in-
tercessio gloriosa nos protegat :
Per Dominum nostrum Jesum
Christum...

*La epistola es del cap. 11 de la que escribió san Pablo
á los Hebreos.*

Fratres : Sancti per fidem
vicerunt regna, operati sunt
iustitiam, adepti sunt repro-
missiones, obtulerunt ora
leonum, extinxerunt impetum
ignis, effugerunt aciem gladii,
convalescerunt de infirmitate,
fortes facti sunt in bello, castra
verterunt exterorum : accepe-
runt mulieres de resurrectione
mortuos suos : alii autem dis-
tenti sunt non suscipientes re-
demptionem, ut meliorem in-
venirent resurrectionem. Alii
vero ludibria, et verbera ex-
perti ; insuper, et vincula, et
carceres : lapidati sunt, secti
sunt, tentati sunt, in occisione
gladii mortui sunt, circumierunt
in melotis, in pellibus caprinis,
egentes, angustiati, afflicti :
quibus dignus non erat mun-
dus, in solitudinibus errantes,
in montibus, et speluncis, et

Atiende, ó Dios todo pode-
roso, á nuestra flaqueza ; y
pues nos oprime el peso de
nuestros pecados, alivianos de
él por la gloriosa intercesion
de los bienaventurados márti-
res Fabian y Sebastián : Por
nuestro Señor Jesucristo que
contigo vive y reina...

Hermanos : Los santos por la
fe vencieron los reinos, obraron
justicia, alcanzaron lo que se
les habia prometido, cerraron
las bocas de los leones, apaga-
ron la violencia del fuego, es-
caparon del filo de la espada,
convalecieron de su enferme-
dad, se hicieron esforzados en
la guerra, desbarataron los
ejércitos de los extraños. Las
madres recibieron resucitados
á sus hijos que habian muerto.
Unos fueron extendidos en po-
tros, y despreciaron el rescate,
para hallar mejor resurreccion.
Otros padecieron vituperios y
azotes, y además cadenas y
árceles : fueron apedreados,
despedazados, tentados, pasa-
dos á cuchillo, anduvieron
errantes, cubiertos de pieles
de ovejas y de cabras, necesi-
tados, angustiados, afligidos :

in cavernis terræ. Et hi omnes
testimonio fidei probati, in-
venti sunt in Christo Jesu Do-
mino nostro.

hombres que no los merecia el
mundo anduvieron errantes
por los desiertos, las cuevas y
cavernas de la tierra. Y todos
estos se hallaron probados por
el testimonio de la fe en Cristo
Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Escribió san Pablo esta epistola cuando estaba en
» Roma por el año 62 de Jesucristo. No expresa en
» ella su nombre, ni el título de apóstol, como en
» las otras, á lo que se cree por no inquietar á los
» Judios que todavía le miraban con algun desvio. En
» ella da una sublime idea de la grandeza de Jesu-
» cristo, y enseña que la verdadera justicia no nace
» de la ley sino del mismo Cristo que nos la comunica
» por la fe. »

REFLEXIONES.

Quisiéranse ver milagros para creer ; ¿ pero qué
mayor milagro que ver ha creído todo el universo ?
El entendimiento se amotina contra las verdades de
la fe ; la voluntad se resuelve contra la moral del
Evangelio ; todos los principes, todas las naciones ;
todos los reinos se coligan, se arman para destruir,
para aniquilar nuestra religion, para que no quede en
el mundo ni una centella de la fe. Y esta fe sujeta á
los pueblos, triunfa de los reyes ; y los santos por la
fe vencieron y convirtieron á los reinos. ¿ Qué mara-
villa mas grande ! ¿ pero que con esta misma fe no
pueda yo vencer una sola de mis pasiones ; que no
pueda corregir uno solo de mis defectos ; que esta
misma fe no me convierta á mí ¿ es este menor pro-
digio ? y porque sea tan frecuente, ¿ deja de ser pro-
digio ? El no creer en este caso es la mas insigne, la
mas culpable de todas las locuras ; ¿ y el no obrar

no será la mas necia, la mas culpable de todas las extravagancias?

Afirma san Pablo que el mundo no es digno de los santos; que no hay en él cosa que sea digna de ellos. Tiene sobradísima razon para afirmarlo: sus honras son muy vanas, sus placeres muy amargos y muy cortos, muy vacíos sus bienes. Estos grandes héroes del cristianismo son acreedores á una gloria mas sólida, á unos bienes mas preciosos y mas reales, á unos placeres mas exquisitos, mas puros, de mas larga duracion. El mismo Dios ha de ser el premio, la recompensa de sus escogidos. Y con todo eso, estos mismos escogidos de Dios de que el mundo no es merecedor, son despreciados, son perseguidos por el mismo mundo. Si, mira el mundo con lástima, con una especie de compasion á aquellos de quienes él no es digno. Si esta no es locura, si esta no es insensatez, ¿qué cosa lo será? *Nos insensati.* ¿Pero de qué sirve conocer á la hora de la muerte que uno no fué prudente? ¿De qué sirve conocerlo en una hora en que ya no puede serlo el que antes no lo fué?

El evangelio es del capítulo 6 de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat

En aquel tiempo: bajando Jesus del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalem y del país marítimo de Tyro y de Sidon que habian venido á oírle y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos eran curados. Y toda la multitud queria tocarle, porque

omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei: Beati, qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati, qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et expronaverint, et ejecerint nomen vestrum tamquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in celo.

salía de él una virtud y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discípulos, decía: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

CUÁNTO SE Oponen LAS MÁXIMAS DE CRISTO Á LAS MÁXIMAS DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa tan contraria ni tan opuesta á las máximas de Cristo como las máximas del mundo, y que es insigne locura el pretender concordarlas.

El mundo coloca toda su felicidad en la alegría y en la abundancia. ¿Qué otra idea se forma de un hombre dichoso á lo del mundo? Al contrario: Jesucristo dice que la pobreza mas miserable se debe preferir á la abundancia mas deliciosa; afirma que el título de pobres nos da derecho al reino de los cielos; asegura que aquella hartura, que es como herencia, ó como la legitima de los bienaventurados, es fruto de la necesidad que se padece en esta vida. No señala al